... Esta es la de prueba, ¿no? Sin título. Asignatura Historia de la filosofía moderna y contemporánea. Título La dialéctica hegeliana. Número MC009. Autor José María Ripalda. Día de grabación 1 del 2 del 80. Día de emisión 19 del 2 del 80. Día de emisión 20 del 80.

Seguimos todos sin enterarnos de cómo se le ha podido ocurrir a alguien semejante engendro, tomadura de pelo y delirio especulativo. Aquí recojo algunos calificativos que han dado al tema alumnos de la UNED. La cuestión es aún más complicada, pues la palabra dialéctica no sólo designa un territorio de difícil acceso, sino varios territorios. El término ha sido usado en la antigüedad. Kant tiene que ver con él. Fichte fue el primero en emplear el típico procedimiento tesis-antítesis-síntesis. Schelling, que rechazaba la rigidez de este esquema, fue el primero en designarlo como dialéctica. Y por último, en el marxismo, la dialéctica puesta sobre los pies, como se dice, se ha convertido en algo así como una nueva ideología metodológica. También dentro del marxismo, el tema ha sufrido las más variadas interpretaciones, lo que a su vez ha reincidido sobre la interpretación. Y la valoración de la dialéctica hegeliana.

Y no hay que olvidar las interpretaciones conservadoras sobre el mismo tema. Un tomo reciente sobre la dialéctica hegeliana, en el que colaboran los primeros espadas del ramo, muestra por último lo vacilantes y poco informativas que son hoy en día las interpretaciones de este tema. Da la impresión de que tampoco los especialistas, aunque resulte increíble, saben mucho de esto. Como se ve, el panorama sería dramático si nuestra suerte dependiera de la resolución de este problema. Pero ya que el atasco es insoluble, vamos a ver si encontramos salida por un camino lateral. Dejemos a los buitres de la cultura enseñándose sobre esqueletos ya hace tiempo sin carne, y tomemos los instrumentos del arqueólogo. Tratemos de reconstruir el sentido histórico de la dialéctica y dejemos de lado sus aspectos directamente formales. Antes, solo unas observaciones previas. Primero, como ya queda indicado, la dialéctica no es exclusiva de Hegel. La dialéctica es una forma de identificar el sentido histórico de la dialéctica. La dialéctica es una forma de identificar el sentido histórico de la dialéctica. La dialéctica es una forma de identificar el sentido histórico de la dialéctica. La dialéctica es una forma de identificar el sentido histórico de la dialéctica. La dialéctica es una forma de identificar el sentido histórico de la dialéctica.

Entre sus inmediatos contemporáneos, Schelling, Schleiermacher, han desarrollado dialécticas distintas de la hegeliana. El enlace del marxismo con Hegel y el hundimiento de la filosofía tradicional han contribuido a olvidar estos enfoques alternativos independientemente de su indudable valía. Segundo, en cuanto a la dialéctica hegeliana misma, no es una forma de exposición, un método. Es mucho más. Es nada menos que el proceso de la cosa misma. Dicho con otras palabras, la dialéctica es el mismo movimiento de la realidad. Y con esto entramos propiamente en nuestro tema. Si la dialéctica es el mismo movimiento de la realidad, es que la realidad está en movimiento, no es estática, sino dinámica. Para el campesino o el terrateniente... ...de la época clásica. Para el siervo...

medieval o para su señor, el mundo era tan constante como el ritmo de las estaciones y las cosechas. La producción iba dirigida fundamentalmente al consumo. La base económica de la sociedad apenas se ampliaba. Los aparatos ideológicos correspondían a esta situación y la reforzaban. El individuo era una parte de este mundo. La edad media, verbigracia, le asignaba incluso su lugar estricto dentro de una jerarquía. El valor de todo lo que era, también del individuo, dependía, colgaba de principios estables y superiores. Muy distinto se

presenta el mundo de Hegel al filo del 1800. La revolución francesa ha hecho rodar la cabeza del rey por antonomasia, el rey de Francia, y todos los reyes se han sujetado instintivamente a la corona con una mano mientras se pasaban la otra por el cuello. Pero también han rodado las cabezas del clero, de los nobles. A la vez que miembros conspiradores, los que se han convertido en los más poderosos, han sido los más poderosos.

Los milicos de ambos estamentos desertaban del orden que ellos encarnaban. La primera colonia independizada, los Estados Unidos de Norteamérica, acaba de realizar la primera revolución nacional contra la grande y sólida Inglaterra. Todo el mundo tradicional se desintegra y en la batalla de Balmí el duque de Braunschweig se retira porque los mandos de un ejército tradicional temen ya que sus soldados hagan causa común con el enemigo y todo se acaba en cuestión de semanas. Pero es que por debajo de todo esto se oye un rumor de fondo aún más sobrecogedor, como el principio de un seísmo gigantesco que no va a dejar piedra sobre piedra. Son las máquinas que empiezan a rugir, convirtiendo la antigua manufactura en el sistema fabril, que invaden la miserable campiña europea, que lanzan a la miseria del jornalero a los antiguos artesanos y abarrotan las viejas ciudades de la ciudad.

con un aluvión humano incontenible cuando no las crean de nueva planta. Se perfila tras las guerras napoleónicas la expansión de los mercados interiores y el nuevo desarrollo agresivo del colonialismo, que creará nuevos mercados exteriores y nuevas fuentes de capital con toda la gama de la violencia según haga falta. Ahora bien, a quien ha vivido tan conscientemente como Hegel este momento histórico, la cabeza tiene que darle vueltas. Y si llega a controlar el vértigo, el mundo tiene que presentársele al final de otro modo. En medio de ese desarrollo enorme de la sociedad burguesa, del estado de derecho, de las nacionalidades, en el vaivén de revolución y reacción, la efervescencia de una época tan rica en promesas como en decepciones, se hace imposible mirar por encima de ella a un trasfondo metafísico. El ser, con mayúsculas,

no tiene otro lugar ahora que éste. Incluso si la eternidad sigue siendo el punto de referencia, como es el caso en Hegel, su lugar, el lugar de la eternidad, no puede ser otro que éste, la historia vivida. Pero la historia es lo que los hombres hacen. Por consiguiente, la acción humana de este preciso momento histórico va a ser el punto de referencia privilegiado. El antiguo sistema de referencias abstractas e inmóviles queda desplazado. Y son burgueses alemanes, en el país sin revolución política burguesa, quienes reflexionan con la fuerza de la frustración y la esperanza lo que será el nuevo mundo. Tal impotencia ciertamente no tiene sólo consecuencias positivas, creadoras. También es verdad que la impotencia incita a la sublimación travestida, desplazada,

opaca incluso en ocasiones al impulso del que procede. Pero este impulso histórico es lo que hincha hasta la desfiguración aberrante incluso esos monstruos de la especulación germánica. Kant lo somete todo al criticismo de la nueva razón emancipada. Fichte trata incluso de deducirlo todo violentamente a partir de una implacable identidad abstracta. Lo figurado en Fichte es la acción humana elevada al infinito. Pero Goethe dice en el principio era la acción. Pues bien, el movimiento de esa deducción implacable es el de la dialéctica. Ya ha pasado el tiempo de las analogías, de las figuras por santas que sean incluida la fe. Se trata de la construcción científica, del mundo planificado, del final de los terremotos, de

la extinción de los volcanes, de desecar los pantanos y acabar con las enfermedades, dice Fichte. Es el tiempo de la vida.

Un tiempo de la libertad sin más límite que una naturaleza que será doblegada, incluso la edad de oro de la nación germana, llamada a la gloria de su radical soberanía. Este es el lugar de la dialéctica hegeliana. La dialéctica es el nuevo discurso del método que va a guiar la acción de una humanidad soberana. Libre de seculares trabas y esclavitudes, abiertos ante ello ilimitados horizontes de riqueza y bienestar, no es una lógica del orden lo que le hace falta, sino una lógica de la acción, o mejor dicho, del orden de la acción, no del orden jerárquico tradicional. Tal será la ciencia de la lógica de Hegel. 1812. Y el acceso a esta lógica lo dará precisamente el estudio de la actividad racional humana en su estructura dinámica y su historia. No el ser o los órdenes intemporales. Fenomenología del espíritu, 1807.

esta nueva lógica. En la universidad de Jena, Fichte exige de sus alumnos que repitan activamente en la abstracción el proceso autocreador del hombre. Esa lógica no es algo para aprender, hay que hacerla, hacerse haciéndola. Trabajo del concepto, la llama Fichte. Hegel realiza este trabajo y supera a sus maestros. Sobre todo hay algo que no puede aceptar en ellos. Esa acción humana, virulenta y resistible, no puede contraponerse a la naturaleza tan despóticamente como en Fichte. El párrafo 76 de la tercera crítica kantiana, los íntimos amigos Hölderlin y Schelling, la aurea radiante atmósfera del clasicismo alemán, le han enseñado a Hegel que el hombre es sólo una parte de esa naturaleza radiante, divina, que la acción humana debe saber reconocer sus límites, refundirse en la acción infinita que le constituye. Cierto,

la acción humana es el lugar privilegiado de esa acción cósmica. Y a diferencia de todos los panteísmos, es la acción humana quien suministra el modelo con que es concebida la acción cósmica, no a la inversa. Pero es la gran acción universal la que alberga en su seno, la que cobija y genera en uno incluso los grandes cataclismos del presente. Por eso Hegel utiliza los conceptos de toda la tradición filosófica europea a la vez que los contamina de una radioactividad desconocida. El optimismo histórico con que la burguesía prerrevolucionaria proyectaba su conciencia de portadora de un nuevo mundo, su confianza en la victoria final, encuentra en el medio tradicional del concepto filosófico su gran apoteosis teórica. No se puede entender nada de la sutileza y complicación dialéctica de la acción humana. La acción humana es la acción que se realiza en la vida.

la conciencia feliz de un momento apoteósico que ignora o engloba todo dolor. Nada puede oponerse al grandioso happy end y todo lo que se presenta como fijo, resistente, sórdido, ante este flujo victorioso queda relativizado. Más aún, es generado para ser enseguida superado y servir de escalón a nueva gloria. La dialéctica es el intento sistemático de exponerlo. La filosofía de Hegel se podría transcribir sencillamente con estas palabras. La historia es buena, la historia es racional. En una palabra, todo tiene sentido. Ingenua vitalidad burguesa en su momento de máximo esplendor, antes de comenzar a destruir el planeta Tierra. Gracias por ver el video.